

juzar. Muchos miembros desean, como Lanjuinais, que se dé cuenta del decreto en que se dijo que Luis XVI sería juzgado; otros quieren se decida de su suerte simplemente como medida política. Yo soy de la primera opinion; pero no se debe prejuzgar ninguna. Pido que la resolucion presentada por Couthon se sostenga, pero reservando la cuestion suscitada en el curso de la sesion.»

Volviendo á adquirir su sangre fria la Convencion con la atrevida y aún imponente palabra de Petion, votó la proposicion de Couthon y las reservas de aquél, que dejaban horas, eventualidades y reflexiones entre el decreto del pueblo y la vida del rey.

XI

Miéntas estas agitaciones descubrian en la sala la angustia y la irresolucion de los jueces, el rey, de vuelta al cuarto de los inspectores de la Convencion, se echó en los brazos de Deseze, le cogió las manos, enjugó con su pañuelo la frente de su defensor, y calentó él mismo la camisa destinada á reemplazar la que el sudor de cinco horas de tribuna habia empapado sobre el cuerpo de Deseze. En éstos cuidados familiares, que realizaban su situacion y su rango, parecia que el rey se habia olvidado de que se trataba de su propia vida en la sala inmediata. Se oian los continuos murmullos y las voces que llegaban del recinto de la Convencion, pero sin poder distinguir las palabras ni prejuzgar los resultados de la deliberacion. La atencion con que habia sido escuchado Deseze, la tranquilidad de las fisonomías y las disposiciones más favorables de la opinion pública que se notaban desde hacia algunos dias en los teatros y lugares públicos, daban alguna esperanza á Luis XVI. La rapidez con que le llevaron aquella vez al Temple, evitando pasar por los barrios populosos, hizo creer al rey que sus amigos vigilaban. Al dia siguiente, un comisario llamado Vincent, que sólo trataba al ejercer sus funciones de buscar medios de dulcificar la suerte de los prisioneros, se encargó de llevar secretamente á la reina un ejemplar impreso de la defensa de Deseze.

Cuando el rey volvió á entrar en el Temple, viendo que nada tenia que ofrecer, se quitó el corbatin y se le dió á su abogado.

El 1.º de Enero, al despertar, Clery, con motivo de la entrada de año, le ofreció en voz baja los votos que hacia por el fin de sus desgracias. El rey los recibió con ternura, y levantó los ojos al cielo, recordando aquellos dias en que los mismos homenajes, murmurados aquel dia en voz baja por el único compañero de su calabozo, le eran tributados por todo un pueblo en las galerías de su palacio. Se levantó, rezó al parecer con más fervor que de ordinario, y suplicó á un municipal fuese á informarse de la salud de su hija que estaba enferma, y á decir á la reina y á su hermana los interceptados deseos de un prisionero. Hasta el 16 de Enero nada cambió en las costumbres diarias del rey, sino el que Mr. de Malesherbes se presentó inútilmente á la puerta de la torre. El viejo, en sus diferentes tentativas para ver al rey, iba acompañado de un jóven realista á quien una generosa atraccion hacia la desgracia arrastró desde sus primeros años, y que fué despues, en mejores dias, el ministro y consejero austero de la monarquía de los Borbones, que él queria reconciliar con la libertad. Este jóven, que se llamaba Hyde de Neuville, daba el brazo á Mr. de Malesherbes y sostenia sus trémulos pasos cuando el venerable defensor de Luis XVI iba al Temple ó á la Convencion.

El príncipe pasaba su tiempo leyendo la historia de Inglaterra, y particularmente el tomo que contenia el juicio y la muerte de Carlos I, como si tratase de consolarse hallando sobre el trono un segundo ejemplo de sus infortunios, y como si hubiese querido ejercitarse para la muerte y modelar sus últimos momentos sobre los de un rey decapitado.

XII

Durante aquellos dias, en que nada de lo que pasaba fuera penetró en la prision, los dos partidos que se disputaban la Convencion continuaron destrozándose entre sí por disputarse su vida. Saint-Just volvió á tomar la palabra el 27 de Diciembre, y refutó con axiomas breves y cortantes como el hacha la defensa pronunciada la víspera. Reasumió su discurso en estas palabras: «Si el rey es inocente, el pueblo es culpable. Habeis proclamado la ley marcial contra los tiranos del mundo, ¡y perdonaríais al vuestro! La revolucion no principia sino cuando el tirano concluye». Barbaroux habló sin concluir, y manifestó con una reticencia, tan contraria á la energía de su carácter, el primer síntoma de la fluctuacion de ánimo de los girondinos.

Lequinio contestó á Barbaroux. «Si yo pudiese—dijo—con esta mano asesinar de un solo golpe á todos los tiranos, le daria al momento.» Resonaron prolongados aplausos en la sala, y habiendo amenazado el presidente con llamar la fuerza para restablecer el órden, prorumpió en descompasadas voces toda la Asamblea. Vergniaud se quejó de aquellos tumultos que presentaban la república naciente bajo la horrorosa forma de la anarquía; pidió que el nombre de los diputados censurados se enviase á los departamentos. «Nosotros no somos la Convencion de Paris,—dijo Buzot,—sino la Convencion de Francia y de los departamentos.»

En la sesion del 17 de Enero, el ministro de Negocios extranjeros, Lebrun, comunicó notas de la corte de España. El embajador de esta potencia intercedia por la vida de Luis XVI, y prometia á ese precio alejar las tropas que España tenia reunidas en las fronteras de los Pirineos. «Léjos de nosotros toda influencia extranjera»,—respondió Thuriot. «No tratemos con los reyes, sino con los pueblos»,—añadió Chasles.—«Declaremos que en lo sucesivo ninguno de nuestros agentes tratará con ninguna testa coronada ántes que haya reconocido la república.»

La órden del dia respondió desdeñosamente á las tentativas del embajador de España.

Se continuó la discusion sobre el juicio del rey. Buzot y Brissot sostuvieron la apelacion al pueblo. Carra, aunque girondino, la combatió, y Gensonné, en un discurso directo, apostrofó largamente á Robespierre.

«Hay—decis—un partido que quiere quitar la Convencion de Paris y hacer degollar á los ciudadanos por los ciudadanos. Tranquilizaos, Robespierre. No sereis degollado, y hasta creo que no hareis degollar á nadie. La ingenuidad con que reproducis sin cesar aquella dulce invocacion, me hace temer sólo que éste no sea el más grande de vuestros sentimientos. Es demasiado cierto que el amor de la libertad tiene tambien su hipocresía y sus hipócritas; se les reconoce en el odio que tienen á las luces y á la filosofía, y en su destreza para halagar las preocupaciones y las pasiones del pueblo, y ya es tiempo de señalar esta faccion á toda la

nacion. Ella es la que reina en los Jacobinos de Paris, y sus principales jefes se sientan entre nosotros. ¿Qué quieren? ¿Cuál es su objeto? ¿Qué extraño gobierno se proponen dar á Francia? ¿No dicen que ningun republicano quedará en el territorio frances si no se envia á Luis al suplicio, y que será necesario entónces nombrar un defensor á la república? Pues qué, ¿no formáis una faccion, y vosotros mismos os designais con el nombre de diputados de la Montaña, como si hubiéseis escogido esta denominacion para recordarnos aquel tirano de Asia, que sólo es conocido en la historia por la horda de asesinos que llevaba tras de sí, y por la obediencia fanática á las órdenes sanguinarias de su jefe? ¿No os ha dicho Robespierre, con la mayor inocencia, que el pueblo debia ser ménos celoso de ejercer por sí mismo sus derechos soberanos, que de confiarlos á hombres que hagan buen uso de ellos? ¡Siempre ha empezado de tal manera la apología del despotismo! Es necesario que el juicio de Luis no pase á los ojos de Europa por la obra de aquella faccion. El pueblo sólo debe salvar al pueblo.»

XIII

Una acusacion de antigua complicidad con la corte, dirigida contra Vergniaud, Guadet, Brissot y Gensonné, respondió al dia siguiente á la invectiva de este último. Una carta de estos cuatro diputados, dirigida ántes del 10 de Agosto al pintor del rey, Boze, carta en la que daban consejos al príncipe, atestiguaba que el republicanismo habia tenido para ellos sus dudas y sus complacencias, y que la Constitucion de 1791, si no bastaba á sus principios, hubiera sido suficiente para su ambicion, con tal que hubiesen sido los directores de ella. Esta correspondencia, por lo demas muy constitucional, no tenia otro crimen. Guadet, Gensonné y Vergniaud se sinceraron de ella con facilidad, ayudados de su elocuencia ordinaria y de una mayoría que aún les pertenecía. Sin embargo, esta acusacion que recayó inopinadamente sobre ellos por parte de los amigos de Robespierre, y las sospechas que dejó en el ánimo del pueblo, hicieron conocer la necesidad de responder á aquellas sospechas con actos irrecusables de odio á la monarquía, y de firmarse á ellos mismos los títulos de republicanos con algunas gotas de sangre de un rey. Desde aquel dia principiaron á deliberar entre el sacrificio de la vida de Luis y su propia abdicacion. Un partido que vivia por el aura del favor del pueblo, no podia perderle sin morir; quiso vivir, y era necesario que el rey muriese.

Camilo Desmoulins, que mezclaba siempre la ironía á la muerte, y que nunca hallaba la sangre de las víctimas bastante amarga á ménos que no fuese realzada con un sarcasmo, combatió la apelacion al pueblo con un discurso que no pudo oirse, pero que se hizo imprimir. Hé aquí el proyecto de decreto que reasumia este discurso: «Se levantará un cadalso en la plaza del Carrousel, adonde se conducirá á Luis, con un cartel con estas palabras escritas delante: *Traidor y perjuro á la nacion*; y detras: *Rey*. La Convencion decreta ademas que el panteon fúnebre que tienen los reyes en San Dionisio sea donde se entierren en adelante los ladrones, los asesinos y los traidores».

Merlin de Thionville, Hausmann y Rewbel, comisarios de la Convencion en los ejércitos, escribieron tambien desde las fronteras: «Estamos rodeados de heridos

y de muertos. En nombre de Luis Capeto degüellan los tiranos á nuestros hermanos, y sabemos que Luis Capeto vive todavía». Cambaceres pidió la apelacion al pueblo, y Danton presentó un modo de deliberar que sujetaba á discusion cuanto hasta entónces habia sido decretado. De este modo creia Danton ocultar la secreta intencion de salvar al rey, favorecido por la confusion que aquellas cuestiones multiplicadas harian nacer. «Es cosa bien aflictiva—observó Couthon—ver el desorden que se ocasiona á la Asamblea. Hace tres horas que estamos perdiendo tiempo por un rey. ¿Somos republicanos? No. ¡Somos viles esclavos!» En fin, á propuesta de Fonfrede, la Convencion decretó la votacion nominal sobre cada una de las tres cuestiones sucesivamente sentadas. La primera: «¿Luis es culpable?» La segunda: «¿La decision de la Convencion se someterá á la ratificacion del pueblo?» La tercera: «¿Cuál será la pena?»

XIV

Sobre la primera cuestion, exceptuando á Lalande (de la Meurthe), Baraillon (de la Creuse), Lafond (de la Correze), Lhomond (del Calvados), Enrique Lariviere, Ysarn Valady, Noël (de los Vosgos), Morisson (de la Vendée), Waudelincourt (del Alto Marne) y Rouzet (del Alto Garonne), que se recusaron alegando su incompetencia y la incompatibilidad de las funciones de legisladores y de jueces, todos, es decir, seiscientos ochenta y tres miembros respondieron: «Sí, Luis es culpable».

En la cuestion de la apelacion al pueblo, doscientos ochenta y uno votaron por ella, cuatrocientos veintitres en contra de todo recurso á la nacion. En el número de los primeros se notaban: Rebecqui, Barbaroux, Duprat, Durand de Maillane, Duperret, Fauchet, Cambon, Buzot, Petion, Brissot, Vergniaud, Guadet, Gensonné, Grangeneuve, Lanjuinais, Louvet, Salles, Hardy, Mollevault, Valazé, Manuel, Dusaulx, Bertucat (de Saone-et-Loire), y Sillery, el amigo del duque de Orleans, que principiaba á separarse de los jacobinos y de aquel príncipe, y á inclinarse hácia las doctrinas y el cadalso de los girondinos.

Entre los segundos, todos los miembros de la Montaña, y algunos del partido girondino en quienes la juventud, el ardor y la embriaguez revolucionaria ahogaban todo escrúpulo. El resultado de esta prueba consternó á los hombres resueltos de aquel partido y decidió á los dudosos.

Danton, mudo y observador hasta entónces, aprovechó, desde el dia 16, la primera ocasion de acentuar enérgicamente la impaciencia de la sangre que no tenia en el alma, pero la fingia para conservarse al nivel de sí mismo.

Se deliberaba sobre una orden para cerrar los teatros, expedida por el Consejo ejecutivo. «Os lo confesaré, ciudadanos,—dijo Danton levantándose y tomando la actitud del hombre de Setiembre:—creia que debíamos ocuparnos de otros objetos más bien que de la comedia.» «Se trata de la libertad»,—responden algunos. «Sí, se trata de la libertad,—replica Danton,—se trata de la tragedia que debeis representar á las naciones, se trata de hacer caer bajo el hacha de los reyes la cabeza de un tirano. Pido que fallemos sin levantar la sesion sobre la suerte de Luis.»

Se votó la proposicion de Danton, y habiendo propuesto Lanjuinais despues que

se votase la pena por las dos terceras partes, y no por mayoría absoluta, Danton volvió á tomar la palabra como un hombre impaciente de que se concluya una situación que le agobia. «Se pretende—dice—que es tal la importancia de esa cuestión, que no bastan para decidirla las formas ordinarias de toda Asamblea deliberante. Yo pregunto: cuando por una simple mayoría se ha pronunciado sobre la suerte de una nación entera, cuando ni siquiera se ha pensado en suscitar esta cuestión cuando se trató de abolir el trono, ¿se quiere decidir sobre la suerte de un individuo, de un conspirador, con formas más escrupulosas y solemnes? Nosotros sentenciamos como representantes por derecho de soberanía. Y os pregunto: ¿isto habeis votado por mayoría absoluta la república y la guerra? Y pregunto: la sangre que se vierte en medio de los combates, ¿no corre definitivamente? Los cómplices de Luis XVI, ¿no han sufrido inmediatamente la pena, sin ningun recurso al pueblo? ¿Merece una excepcion el que ha sido el alma de los complots?» (*Aplausos*).

Lanjuinais no dejó arrastrar su conciencia por aquella corriente de aplausos producida por la palabra de Danton. «Habeis desechado todas las formas que la justicia y ciertamente la humanidad reclamaban: la recusacion, la forma secreta del escrutinio, protectora de la libertad de las conciencias y de los sufragios. Parece que se delibera aquí en una Convencion libre, pero se hace bajo la influencia de los puñales y los cañones de los facciosos.» La Asamblea rechazó estas consideraciones, y declaró la sesion permanente hasta que se pronunciase el fallo. Se principió la última votacion nominal á las ocho de la noche.

LIBRO TREINTA Y CINCO.

Aspecto de la ciudad y de la Asamblea.—Condenacion del rey.—Vergniaud.—Luis XVI.—El abate Firmont.—Última entrevista del rey con su familia.—Comitiva.—Ejecucion.—Apreciacion del juicio de Luis XVI.

I

El aspecto de la ciudad era amenazador; el del recinto, siniestro. La municipalidad y los jacobinos, decididos á obtener la condenacion de Luis XVI como una victoria personal sobre sus enemigos, y á llevar la violencia moral hasta la física, habian reunido desde hacía muchos dias en Paris todas las fuerzas de que sus periódicos, sus correspondencias y sus relaciones en los departamentos les permitian disponer. Los agitadores de los arrabales habian reclutado sus bandas de mujeres y de muchachos andrajosos para gritar la muerte del tirano por las calles inmediatas á la Convencion. Theroigne de Mericourt y Saint-Huruge, los asesinos de Aviñon, los degolladores de Setiembre, los combatientes del 10 de Agosto, los federados acumulados en Paris ántes de marchar á las fronteras, voluntarios y soldados detenidos en Paris por el ministro de la Guerra, Pache, para engrosar las sediciones más que para reprimirlas; una poblacion extraña á toda pasion política, pero sin trabajo y sin pan y engañando su desesperacion con su agitacion; esas masas de curiosos que los grandes espectáculos hacen salir de sus casas como los enjambres salen de las colmenas cuando se acercan las tormentas, y que sin pasion individual prestan la apariencia del número á la pasion de algunos; los resultados de Agosto y de Setiembre que aún agitaban las imaginaciones, la noche que favorecia el tumulto, el rigor de la estacion que contraia la fibra y que inclinaba á la desesperacion; en fin, aquel nombre de rey que reasumia en sí todas las miserias, todas las iniquidades, todas las traiciones imputadas al trono, y que hacía creer al pueblo que inmolando al hombre que tenia aquel título, se inmolarian con el mismo golpe las calamidades, los crímenes, los recuerdos y las esperanzas de una institucion repudiada, todo imprimia á la noche del 16 de Enero aquel carácter de impulsión irresistible que da á una manifestacion popular la fuerza de un elemento.

Habiéndose atrevido uno de los vencedores de la Bastilla, llamado Louvain, á decir en su seccion aquella mañana que podia afanzarse la república sin derramar la sangre de Luis XVI, un federado, por toda respuesta, le hundió el sable en el corazon. El pueblo arrastró al herido por las calles hasta que exhaló el último suspiro.